

En 2015, De Vigan
ganó el Premio
Renaudot y el
Goncourt de
los estudiantes
por *Basada en
hechos reales*.

839



REVISTA DE CULTURA

Ideas

LA ROSCA, UN ATAJO POLÍTICO

Entrevista con la socióloga Mariana Gené, autora de un libro sobre las formas de la negociación en un lugar clave como el Ministerio del Interior, desde Alfonsín hasta el presente.

Arte

CÉSAR PATERNOSTO

Bellas Artes exhibe 37 obras del artista platense de los 60 a hoy, entre ellas una instalación inédita que lleva su mirada excéntrica a escala monumental.

DELPHINE DE VIGAN LA VIOLENCIA INVISIBLE

Vendió más de un millón de ejemplares con *Nada se opone a la noche*, inspirado en el suicidio de su madre y su inestable vida familiar, y cuando todos le pedían más, apostó por contradecir a sus lectores. Ahora, Delphine de Vigan está de regreso y pateando el tablero con *Las lealtades*, novela que llegará en noviembre a la Argentina: un retrato de la adolescencia actual, esa zona de edades variables, de riesgos e inminencias. Un ida y vuelta con la multipremiada escritora francesa.

Clarín

Sábado 26.10.2019

Año XVII. Opcional con Clarín + \$ 95
(CABA y GBA). Recargo envío al interior \$ 7
Precio en la República Argentina



00839



9 771667 868005

Algo pasa. Algo está mal con ese chico de 12 años que asiste a su clase de Biología. Ella lo sabe e intuye que se trata de alguna forma de violencia familiar. Sin embargo, la enfermera del colegio lo entrevista, hace las preguntas de rigor, lo ausculta y disimuladamente busca marcas o heridas en su cuerpo. No hay nada. Eso anota en el informe. Pero Hélène sabe que no es cierto. La novela *Las lealtades* (Anagrama), de la francesa Delphine de Vigan, es precisamente lo contrario de lo que esperaban quienes leyeron su libro anterior, *Basada en hechos reales*. Del mismo modo que *Basada en hechos reales* era lo opuesto a lo que se esperaba de ella luego del suceso de *Nada se opone a la noche*. "Lo que me interesaba en este libro era trabajar esa forma de violencia invisible", dice desde París a Ñ. Porque más allá de las expectativas que cada historia siembre, ella no deja de asomarse a lo más oscuro que los vínculos implican.

"La adolescencia y la preadolescencia me interesan mucho. Probablemente, porque yo misma tenía en ese momento la sensación de que estaba creciendo demasiado rápido y que mi entrada en la edad adulta no era fácil", comenta por mail. Y sin dudas hay algo de ella, de sus padres separados y de la vida nómada, mochila al hombro los viernes y los lunes, que ha depositado en Théo, el protagonista de casi 13 años que no puede dejar de emborracharse. No puede o no quiere. La contraparte del chico es su amigo Mathis, hijo de una pareja bobó (en francés, la contracción de burgués y bohemio) que también se asoma al consumo prohibido. "Mathis le coge la botella de las manos para llevársela a los labios. Le toca a él. El vodka se desborda, le cuelga un hilo transparente de la barbilla. Théo protesta: si se escupe no vale. Entonces Mathis bebe de un trago, le lagrimean los ojos, tose, se tapa la boca, por un instante Théo se pregunta si va a vomitar, pero a los pocos segundos Mathis rompe a reír con más fuerza. Con un gesto rápido, Théo le amordaza la boca para hacerlo callar. Mathis enmudece. Contienen la respiración, inmóviles, pendientes de los ruidos a su alrededor. A lo lejos, se oye la voz de un profesor que no aciertan a identificar, un monólogo átono en el que no sobresale ninguna palabra".

Si bien toman juntos, no lo hacen por las mismas razones. Mathis experimenta sobre el riesgo. Su padre está demasiado ocupado y su madre sobrevuela como un dron: parece verlo todo, saberlo todo, y por eso mismo se transforma en un blanco ideal a engañar. Algunas veces, le roba monedas para comprar las botellas. Otras, inventa excusas escolares para escaparse. Théo, por su parte, no necesita engañar a nadie: sus padres se divorciaron hace años y él navega las aguas tormentosas del rencor acumulado por su mamá y la depresión narcotizada de su padre que no trabaja, no cocina, no abre las ventanas ni tampoco recuerda que debe bañarse. El vodka o el whisky le permiten escapar. Para De Vigan, la adolescencia es una época fascinante: "Es la era del peligro y de las cuestiones críticas. Théo y Mathis están en el borde, en el umbral, y me gusta la idea de que todavía parecen niños. Sin embargo, algo está rugiendo dentro de ellos que deberíamos saber cómo escuchar", dice.

Las edades de la fragilidad

Alrededor de esos chicos están los adultos. No menos frágiles. Igualmente desorientados. Hélène, la profesora de Biología. Y Cé-cile, la madre de Mathis. Cada una de ellas



Publicó *No y yo* (llevada al cine), *Basada en hechos reales* (cuyo filme realizó Roman Polanski) y *Nada se opone a la noche*, que recibió el Premio Renaudot.

Delphine de Vigan responde. Llega en noviembre *Las lealtades*, la nueva novela de la multipremiada escritora francesa, que apuesta por una mirada impiadosa sobre la adolescencia y la ceguera de los adultos.

LAS TRAICIONES DE LA FIDELIDAD

POR DÉBORA CAMPOS

BÁSICO

DELPHINE DE VIGAN

BOULOGNE-BILLANCOURT, FRANCIA, 1966.

Estudió en la École des hautes études en sciences de l'information et de la communication y se convirtió en directora de investigación de una consultora de opinión mientras, por las noches, escribía ficción. Su primera novela, *Días sin hambre*, la publicó en 2001 bajo el seudónimo Lou Delvig. No y yo recibió en 2007 el Premio de Rotary y con *Nada se opone a la noche* ganó el premio de novela de la Fnac, el Grand Prix des lectrices de Elle, el premio Roman France Télévisions y el premio Renaudot para estudiantes. Vendió más de un millón de ejemplares. Y en 2015, ganó el Premio Renaudot y el Premio Goncourt para estudiantes por su novela *La Basada* en hechos reales.

ha sabido adaptarse y mantiene una lealtad ciega a eso que dejaron atrás para construirse en las mujeres que son ahora. Porque de eso se trata, de ser leales o de dejar de serlo. Lo dice De Vigan desde el título y en un brevísimo prólogo en el que explica: "Son lazos invisibles que nos vinculan a los demás -lo mismo a los muertos que a los vivos-, son promesas que hemos murmurado y cuya repercusión ignoramos, fidelidades silenciosas, son contratos pactados las más de las veces con nosotros mismos, consignas aceptadas sin haberlas oído, deudas que albergamos en los entresijos de nuestras memorias". Y agrega: "Son los trampolines sobre los que se despliegan nuestras fuerzas y las zancas en las que enterramos nuestros sueños". Sueños, claro, que tal vez no se resignen a la zanja.

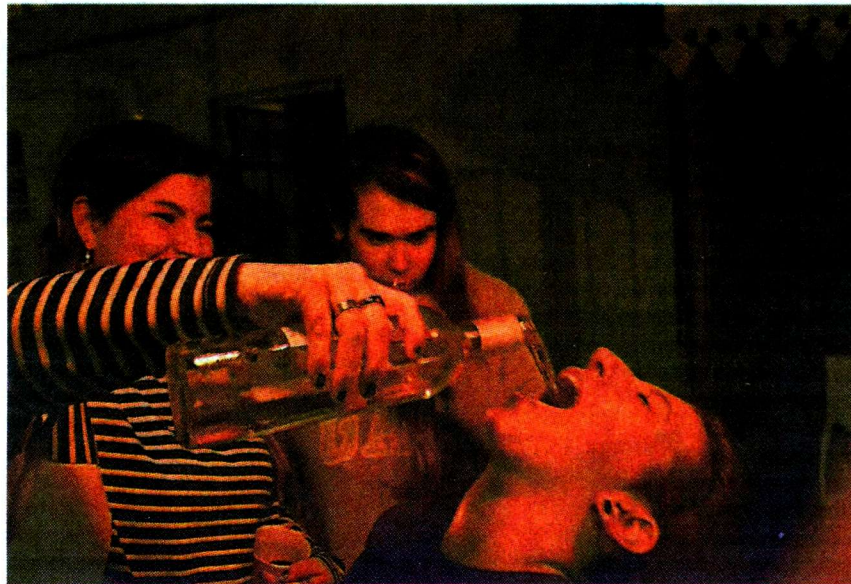
-El valor de la lealtad tiene, sobre todo, connotaciones positivas. Pero su novela invita a descubrir los lados oscuros, incluso peligrosos. ¿Por qué poner la mirada ahí?

-La idea surgió del hecho de que yo misma concedía gran importancia a esta cuestión de la lealtad. ¿Soy leal?, ¿Es leal si digo esto o aquello?, ¿Si hago esto o aquello? Y comencé a interrogarme sobre si esta pregunta era tan importante para los demás. Quería acercarme a la lealtad en todas sus formas: íntima, familiar y social. Y después de dos novelas largas, volver a una forma más breve e intensa. Por eso, el libro cuenta con cuatro personajes para los que la cuestión de la lealtad se plantea de forma urgente y crucial. Así nació la historia, con un fuerte trasfondo social y contemporáneo. Por otra parte, la lealtad es, por supuesto, un valor. Nos lleva, nos construye y es esencial para que vivamos juntos. En la novela hay lealtades positivas: por ejemplo, la de Frédéric a su esposa, o la del director de la escuela que decide no sancionar a Hélène sino solo darle una licencia, a través de una forma de lealtad profesional e institucional. Pero es cierto que el libro se esfuerza por mostrar otras formas de lealtad, que nos encierran y a menudo nos abruma. Muchas veces, son inconscientes o tácitas. También pueden venir de la infancia. Por eso quise poner en escena a estos dos personajes tan jóvenes, atrapados en su lealtad. La adolescencia y la preadolescencia son una etapa muy interesante, es cierto. Probablemente porque yo misma tuve la sensación de que estaba creciendo demasiado rápido en ese momento y que mi entrada en la edad adulta no era fácil.

FRAGMENTO

Esos síntomas confusos

JUAN JOSÉ TRAVERSO



Para De Vigan, la adolescencia es la época crítica, la era de los peligros.

Pensé que el chiquillo sufría maltratos, lo pensé enseguida, quizá no los primeros días pero no mucho después de la vuelta a clase, era algo en su modo de comportarse, de sustraerse a la mirada, sé lo que me digo, sé perfectamente lo que me digo, una manera de fundirse con el entorno, de dejarse traspasar por la luz. Solo que conmigo eso no funciona. Los golpes los recibí cuando era cría y las señales las oculté hasta el final, o sea que a mí no me la dan. He dicho el chiquillo porque lo cierto es que hay que verlos, a los chicos de esa edad, con su cabello fino como el de las chicas, su voz de pulgarcito, y esa indecisión constancial a sus movimientos, hay que verlos asombrarse abriendo ojos como platos, o aguantar un rapapolvo con las manos entrelazadas en la espalda, el labio temblequeante y cara de no haber roto un plato. Sin embargo, es indudable que a esa edad empiezan las gilipolleces de verdad.

Unas semanas antes de la vuelta a clase, pedí ver al director para hablar sobre Théo Lubin. Tuve que explicárselo varias veces. No, ni indicios ni confidencias, era algo en la actitud del alumno, una suerte de enclaustramiento, una



Las lealtades
Delphine De Vigan
Trad. Javier Albiñana
Anagrama
208 págs.
\$ 650

manera sui géneris de hacerse el distraído. El señor Nemours se echó a reír: hacerse el distraído, pero ¿no era ese el caso de media clase? Sí, claro, sabía a qué se refería: esa costumbre que tienen de encogerse en el asiento para que no se les pregunte, de fijar los ojos en la mochila o de abstraerse de pronto en la contemplación de su mesa como si fuera en ello la vida de todo el distrito. A esos los detecto sin siquiera alzar la vista. Pero no era ese el caso. Pregunté qué se sabía del alumno, de su familia. Seguro que habría alguna referencia en el expediente, observaciones, una notificación anterior. El director repasó con atención los comentarios aparecidos en los boletines de notas, varios profesores habían observado en efecto su mutismo el año anterior, pero nada más. Me los leyó en voz al-

ta, «alumno muy introvertido», «ha de participar en clase», «buenos resultados pero alumno muy silencioso», y un largo etcétera. Padres separados, el muchacho en custodia compartida, todo de lo más normal. El director me preguntó si Théo había trabado amistad con algún otro chico de la clase, imposible negarlo, andan siempre juntos los dos, hacen buena pareja, la misma cara angelical, el mismo color de pelo, la misma tez clara, parecen gemelos. Los observo por la ventana cuando están en el patio, forman un solo cuerpo, hirsuto, una suerte de medusa que se contrae de golpe cuando se acerca alguien y vuelve a estirarse una vez pasado el peligro. Los raros momentos en que veo sonreír a Théo se producen cuando está con Mathis Guillaume y ningún adulto traspasa su perímetro de seguridad.

Lo único que llamó la atención del director fue un informe redactado por la enfermera a fines del año pasado. El informe no figuraba en el expediente administrativo, y Frédéric me sugirió que fuera a informarme a la enfermería, por si acaso. A finales de mayo, Théo pidió permiso para salir de clase. Dijo que le dolía la cabeza. La enfermera menciona una actitud huidiza y síntomas confusos. Notó que tenía los ojos enrojecidos. Théo explicó que tardaba mucho en conciliar el sueño y que, en ocasiones, podía pasar toda una noche sin dormir. Al pie de la hoja, la enfermera escribe en rojo «alumno delicado de salud» y lo subraya con tres trazos. Luego debió de cerrar el expediente y guardarlo en el armario. No pude preguntarle porque abandonó el establecimiento.

Sin ese documento, me habría resultado imposible que la nueva enfermera convocara a Théo.

Se lo comenté a Frédéric, me pareció preocupado. Me dijo que no me tomara el asunto muy a pecho. Le parecía cansado desde hacía algún tiempo, con los nervios a flor de piel, fue la expresión que utilizó, y enseguida me vino a la cabeza la navaja que guardaba mi padre en el cajón de la cocina, accesible a cualquiera, cuyo seguro accionaba una y otra vez, con gesto mecánico, para calmar los nervios.

Escribir sobre esta edad es también una forma de cuestionar a los adultos en los que nos hemos convertido. ¿Estamos protegiendo dentro de nosotros mismos al niño que éramos? ¿Pudimos reparar sus heridas? ¿Le hicimos justicia o pisoteamos sus sueños? ¿Cuál es la huella indeleble de la que no podemos deshacernos? ¿Es posible domar eso?

Es un momento de peligro y en la que se juegan cuestiones críticas. Una época fascinante. Escribir sobre esta edad es también una forma de cuestionar a los adultos en los que nos hemos convertido. ¿Estamos protegiendo dentro de nosotros mismos al niño que éramos? ¿Pudimos reparar sus heridas? ¿Le hicimos justicia o pisoteamos sus sueños? ¿Cuál es la huella indeleble de la que no podemos deshacernos? ¿Es posible domar eso?

-El personaje de Hélène tiene heridas de infancia que condicionan su mirada sobre Théo. Por un lado, ve algo que no existe (un abuso físico o psicológico), pero por otra parte, ve algo que sí existe y que la escuela y los adultos que rodean al niño no son capaces de descubrir. ¿Por qué esa situación tan crítica es invisible en la escuela y en la familia que usted creó en esta novela?

-La institución no siempre es capaz de detectar las dificultades o el sufrimiento de los estudiantes. A menudo, se trata de cuestiones muy delicadas y complicadas. Me imagino lo compleja y exigente que debe ser la profesión

docente, y lo mucho que está siendo desafiada, sacudida, por los cambios en nuestra sociedad. No creo que el profesor deba sustituir a la familia, pero no puede ignorar en algunos casos que el niño está en peligro. Los pocos maestros que conozco se enfrentan a estas situaciones cada año. No siempre son capacitados o ayudados por la institución en la que trabajan para tratar de responder a ellas. En cuanto a los padres de Théo, es evidente que están demasiado ocupados con su propio sufrimiento para poder ver el de su hijo. Théo está en una situación terrible de la que no puede hablar. Está atrapado en un conflicto de lealtad que le impone silencio. Para mí, *Las lealtades* es la historia de un rescate. Por su obstinación, por su terquedad, porque se pone en peligro, porque está equivocada (y en lo correcto al mismo tiempo), Hélène es la persona que puede salvar a Théo. Es a ella a quien llaman finalmente, el día en que realmente está en peligro.

-El alcoholismo es el refugio que encuentra Théo, el seudónimo "Wilmore75" es el refugio

FOCO

Puñaladas y caricias en familia

POR DÉBORA CAMPOS

Delphine de Vigan reside en un noveno piso en el XIII^o arrondissement parisino. “Tengo la suerte de tener una vista muy hermosa a un gran jardín que es muy verde en la primavera. A mi alrededor hay fotos de mis hijos, de mi pareja y carteles o postales de películas que compré en exposiciones que visité en los últimos tiempos. Me gusta mucho trabajar en mi casa. Además, entre párrafo y párrafo, puedo vaciar el lavavajillas o colgar la ropa: eso oxigena el cerebro”, anota por correo electrónico con esa dosis de humor que revela los lados menos solemnes de las cosas.

La autora es una de las voces contemporáneas más leídas en Francia: *Nada se opone a la noche* vendió más de un millón de ejemplares en el mundo, dos de sus libros fueron transpuestos al lenguaje cinematográfico (*No y yo*, dirigida por Zabou Breitman en 2010 y *Basada en hechos reales*, por Roman Polanski) y este último se quedó con dos de los premios más importantes de 2015: el Renaudot y el Goncourt des lycéens.

Con todo, nada de eso parece alcanzarla: De Vigan trabaja en un rincón casi impersonal de su departamento, sobre un escritorio mínimo y atrapado entre una biblioteca a las espaldas y una pared al frente. Sobre esa superficie, apenas caben la computadora portátil, un lapicero bien nutrido y un puñado de libretas en las que construye el esqueleto de sus novelas. “Muchos lectores saben que me

encantan los cuadernos y me los regalan de todas las formas y los tamaños”, dice.

Sobre ese escritorio gris –que no tiene más de un metro de largo por medio metro de ancho– fue tomando forma *Las lealtades*, que llega a las librerías argentinas en noviembre. Será el regreso en castellano de la autora luego de *Basada en hechos reales* que se publicó en 2016. En ese momento, habían pasado cuatro años de la publicación de *Nada se opone a la noche*, su consagración tanto en Francia como fuera de su país, con una trama abrumadora que comenzaba con el suicidio de su madre y desandaba una historia familiar (la suya) en la que no faltaban las enfermedades, las muertes trágicas, el abuso infantil y casi todas las formas que la violencia es capaz de construir en el seno de una familia.

Siete años después, De Vigan no sabe explicar el éxito de esa novela, la sexta que escribía: “Es un libro que funciona como un espejo –dice en otro correo a Ñ–. Todo el mundo encuentra un poco de su historia allí. La cuestión de la transmisión (saber lo que se transmite, voluntariamente o no, a los hijos), que está en el centro de la novela, afecta a todas las familias. ¿Quién de nosotros nunca se ha preguntado qué es lo que él o ella legará como carga familiar? También es una novela sobre tres generaciones de mujeres en la sociedad francesa. En este sentido, tiene sin duda un valor documental. Y sobre los secretos de familia. Lo no dicho. También en este caso, creo que todo el mundo puede identificarse con ella”, propone.

Por eso, cuando se publicó *Basada en hechos reales* muchos aún esperaban más detalles biográficos, aquel abuelo perturbador, esa madre de una belleza tan poderosa como inquietante, la propia vida infantil de la autora y su hermana (la ilustradora Margot de Vigan). Nada más alejado de lo que ella quería contar. De hecho, si pudiera, sería menos biográfica: “Lamento –reconoce tecleando sobre su portátil– haber dado las referencias de ese documen-

tal en el que se veía a mis abuelos, mis tíos y mi madre. Debí haberlo mencionado, pero sin permitir que el lector lo encontrara. A menudo he explicado que *Nada se opone a la noche* no era la verdad sino mi verdad. Mi visión de las cosas. Porque la memoria y la escritura son fábricas de ficción, ese libro es una novela. Pero las personas que vemos en el documental son personas reales, con sus nombres reales”.

El equívoco, en todo caso, se fue construyendo con los años. *Días sin hambre*, su primer libro –escrito en 2001 mientras trabajaba en una consultora de opinión pública– narra el caso de una adolescente atrapada por la anorexia que está inspirado en su propio padecimiento de esa enfermedad. Desde entonces, la ficción y la biografía han sabido imbricarse en la producción de la autora francesa, de tal manera que, cuando llegó *Basada en hechos reales* muchos se preguntaron si el bloqueo creativo de una escritora muy parecida a De Vigan, luego de un éxito de ventas muy parecido al de su novela, y la irrupción de un personaje desconcertante, no serían parte de la vida cotidiana de la autora. Fue un shock, una ruptura inesperada que escondía una conexión menos evidente pero poderosa entre esas obras.

Del mismo modo, hay una contracara entre *Las lealtades* y *Les gratitudes* (recién publicado en Francia y aún no traducido al castellano) que, otra vez, funcionan en tándem. Una dupla que sueña en una clave muy distinta a lo que se esperaba, una dicotomía que explora las penumbras y las zonas luminosas, resignificando cada una de las piezas en ese movimiento. Todo lo que es puñalada en *Las lealtades*, es caricia en *Les gratitudes*. Y si el desenlace de *Las lealtades* funciona como un tajo en la experiencia lectora, puede que *Les gratitudes* se permita sanar algunas heridas.

que el padre de Mathis encuentra en Internet para descargar su racismo y misoginia: ¿por qué aparece esa inversión entre las edades, una infancia demasiado madura y una adultez con mecanismos infantiles?

–Sí, es cierto. Probablemente hay una forma de inversión de roles. Me parece que este desdibujamiento de las edades es un signo de nuestros tiempos. Un mandato permanente al “youthism” (permanecer joven, permanecer en el juego...) y, al mismo tiempo, gente muy joven totalmente abandonada a su suerte o que crece demasiado rápido. Lo que me interesaba de este libro era esta forma de violencia invisible. Lo que no podemos nombrar. Lo que no está a la vista de todos. Este es un momento en que los papeles se invierten y los niños comienzan a proteger a sus padres.

–Hay dos elementos muy notables en la novela. Primero, los cuatro personajes que componen cuatro voces (en primera persona algunas, en tercera las otras). Y la segunda, cierto tratamiento cinematográfico en escenas que se suceden pero no se conectan necesariamente. ¿De qué modo el cine ocupa espacios en su literatura?

–Para mí, era una cuestión de precisión, quería que las cosas sonaran como si fueran una nota musical justa. Trato de hacer vivir a los personajes de ficción, de hacerles creer, por un momento, que existen. En la medida en que fuera posible (e interesante), busqué darles una voz a estas dos mujeres, Hélène y Cécile, para inventar sus registros, para distinguirlas, pero me parecía artificial hacer hablar a los dos niños: por eso, es un narrador omnisciente el que nos los muestra desde dentro. Además, la narración en tercera persona también nos permite nombrar, decir esas cosas de las que los dos chicos no son conscientes, que no serían capaces de formular. Sobre la segunda cuestión, es cierto que soy muy cinéfila, colaboro regularmente en la escritura de guiones y el cine influye sin duda en mi escritura. En *Las lealtades*, quise explorar una cierta forma de “fuera de cámara”, como se practica en el cine. No quería que todo estuviera a la vista, sino que el lector tuviera la posibilidad de imaginar y comprender por sí mismo.